Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

NO TE DESESPERES

Confía en Dios y serás féliz

No digas como Caín: "Mi pecado es tan grande que no puedo esperar perdón"
(Gén, 4,13)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7770-593-3
D.L.: Gr. 1021-01
Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACION

San Pablo compara la vida espiritual con una carrera de competición atlética, en la que los corredores se esfuerzan por llegar los primeros a la meta: "*No sabéis, dice el apóstol, que los corredores en el estadio corren ciertamente todos, mas uno sólo obtiene el premio. Corred también vosotros de tal modo que lo alcancéis*" (1 Cor. 9,14).

Si contemplamos el camino por donde van las almas hacia el cielo, que es el de los mandamientos de Dios, veríamos que algunas, muy pocas corren con rapidez y perseverancia; otras marchan lentamente y muchas están paradas. Estas que empezaron a caminar con mucho empeño,

luego se cansaron porque se apoderó de ellas el desaliento. Son almas sentimentales, que proceden más por impresiones que por convicciones.

Algunas, animadas en un principio, dan unos pasos alegremente, pero luego les viene la desolación y se apaga la alegría, se apodera del alma la tristeza y el desaliento y dejan de andar y se olvidan de los propósitos que un día hicieron y viven con cierta desesperación, y esto sucede porque le faltan convicciones firmes.

Muchas se desesperan porque no le salen bien las cosas o porque su vida de pecado les atormenta; pero si quieren llevar una vida tranquila y ser felices deben confiar en la misericordia de Dios y pedirle su ayuda. Voy, pues, a hablaros del desaliento o desesperación y de sus causas y de cómo el verdadero cristiano debe confiar en la misericordia de Dios, de la cual tampoco hemos de presumir temerariamente

y procurar no desesperarse jamás y combatir el desaliento, viviendo como verdaderos cristianos con vida de oración y de fe.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 15 mayo 2001

NO TE DESESPERES

¿Qué entendemos por desaliento o desesperación?

El desaliento es un decaimiento del ánimo, una falta de esfuerzo y de valor para hacer las cosas, es vivir como desganados y cansados sin haber trabajado, parece que el horizonte de la vida está cerrado para ellos, se sienten como solitarios, y como dominados por la tristeza y pesimismo.

La desesperación es un gran mal, y con Santo Tomás podemos decir: "La desesperación es el mayor de todos los pecados, no considerado en si mismo, porque "la

apostasía y el odio a Dios son mayores todavía, sino porque la desesperación es causa de todos los pecados; a todos los crímenes nos abandonamos con la desesperación.

La esperanza anima, porque es el manantial de la paciencia y el principio de la virtud; dilata y fortifica el alma, manifestándole el premio y el triunfo de la virtud. Pero la desesperación atonta, empequeñece el corazón, le quita el vigor, y aumenta las tentaciones y los combates" (2,2.q.20 a.5)

La desesperación sume al alma en olas de tristeza. Nos hace evitar los buenos consejos, y nos ciega. La desesperación causa en el alma profunda herida, la agita, la turba sumergiéndola en las tinieblas. Es un gusano roedor; es un verdugo que hace constantemente sufrir horribles dolores y mata, trae consigo la tristeza, y ante ese estado de ánimo deprimente, es menester

decir con el Espíritu Santo "*Anímate y alegra tu corazón, echa lejos de ti la tristeza, porque a muchos mató la tristeza y no hay utilidad en ella*" (Eclo.30,24-25).

Para tener paz en el alma, para quitar las ansiedades y preocupaciones pensemos en estas palabras de Jesucristo: "*No andéis acongojados por el día de mañana* (por el que será de mi, he cometido muchos pecados, no tengo perdón o cosas semejantes); *que el día de mañana harto cuidado traerá por sí; bástale ya a cada día su propio afán*" (Mt. 6,34).

Causas de la desesperación

Son varias las causas del desaliento o desesperación. En muchos son las inquietudes por pecados cometidos en la vida pasada, y dicen: Son demasiado grandes mis pecados para poder esperar misericordia, y tal fue la desesperación de Caín, el

primero de los desesperados, que dijo: "*Mayor es mi pecado para que pueda alcanzar misericordia*"(Gén. 4,15).

No faltan almas que piensan así: Yo he pecado mucho, mi vida pasada ha sido muy mala, y para mi no es la santidad; mas ésta es una manera falsa de ver las cosas, porque hay muchos santos canonizados que pecaron mucho, como son: María Magdalena, María Egipciaca, San Agustín, etc.

Si tu dices que has pecado mucho, lo que debes hacer es humillarte ante el Señor, como el publicano del Evangelio, que tal humillarse en el templo ante Dios, y decir: "*Ten compasión de este pecador*", por su humilde arrepentimiento, salió justificado...

Además no nos está revelado que "*Jesucristo vino a este mundo a salvar los pecadores*" (l Tim. l,15) y que por el profeta Ezequiel Dios nos dice que "no quiere

la muerte del pecado, sino que se convierta y viva" (33,11).

En otros la causa del desaliento es la desconfianza del perdón, si mis confesiones habrán sido buenas, si tendré que repetirlas, ¿me habrá perdonado Dios? ¿Pero a que dudar? ¿Has dicho ya tus pecados al confesor?... e insisten: Pero acaso no tuve el arrepentimiento verdadero. Pero ¿tu sigues pecando? Ya no. Luego si has dejado de pecar ya es una prueba de tu arrepentimiento... No te dejes llevar de los escrúpulos. Atiende a lo que te dice el confesor y vive tranquilo...

Otras razones del desaliento suelen ser también las tentaciones pero éstas, por grandes que sean, no son pecado, si no se consienten. No faltan quienes se dejen llevar del desaliento por la falta de confianza en Dios, por las contrariedades, los escrúpulos; mas todas estas causa del desaliento son mal fundadas y engañosas, porque

no hay ningún crimen que no pueda perdonarse mediante un sincero arrepentimiento y una verdadera confesión. Dios lo asegura por medio del salmista: "*Un corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia*" (51,19).... Además Jesucristo murió por todos y vino a salvarnos, y desconfiar del perdón es ofenderle...

Algunos viven preocupados por familiares difuntos que murieren o bien repentinamente o por no avisar el confesor a tiempo, y a esto diremos que confiando en la infinita misericordia de Dios no debemos desconfiar del perdón de Dios, ya que "entre el último suspiro de un moribundo y el infierno, puede mediar un océano de misericordia".

No te desalientes por tus caídas

No faltan quienes se desalientan y se desaniman porque caen muchas veces en

el pecado y han querido también muchas veces enmendarse; mas esto es debido a que no lo han querido en serio.

Reflexionemos un poco. ¿Cómo son tus caídas? Dices que eres débil y cometes bastantes; pero ¿son veniales? No dudes que esas las tendrás siempre y las han tenido los santos. Tu no te desanimes. Conviértelas en materia de humildad.

¿Son faltas deliberadas? Levántate con rapidez y sigue caminando. Como los corredores en la pista. Tropiezan y caen, pero se levantan rápidamente y recobran el tiempo.

Hay mucha diferencia entre el *quisiera* enmendarme y el *quiero.* Los que dicen "quisiera" son hombres a medias, son los que carecen de entusiasmo y decisión... caen... se levantan y al día siguiente nueva caída, y así siguen... Si lo intentas de veras y no vas cediendo poco a poco a tus defectos, tus resoluciones llegarán a ser eficaces.

Desde el momento que tomas una buena resolución, una vez concebida con entusiasmo, sigue el ideal propuesto sin desanimarte jamás.

No hay obstáculo que no se pueda vencer con habilidad. Habrá contrariedades, días sombríos, pero tú procura tener un humor jovial, expansivo... y trata sobre todo de ser fuente de alegría y de luz... "*Después de la lobreguez llegará la luz*", como dice Job (17,12); después del mal tiempo brillará el sol.

A otros les desalientan los temores del porvenir. ¡Qué vida tan triste vivir así mucho tiempo! Esta fue, se dice, la tentación que el demonio trajo a San Ignacio de Loyola recién convertido; y la venció diciendo: ¿Quién me asegura que viviré un día mas?

Procura vivir bien el día de hoy y no pienses en el mañana, que no sabes si llegará. Si llega, confía en la providencia

divina que cuidará de ti. Dios. ¿No es tu Padre? ¿no es omnipotente? Arrójate confiadamente en sus brazos paternales y nada temas.

No te acobardes ante las tentaciones

Como las tormentas se levantan en el mar, las tentaciones pueden levantarse en las almas, aunque vivan una vida retirada, es decir, en cualquier estado de vida, sean casados, solteros o religiosos, estemos todos sujetos a mil tentaciones y peligros.

El mundo es un mar... un mar borrascoso donde las tempestades del alma sobrevienen cuando menos se piensa; pero mientras dure la borrasca, no perdamos la confianza en Dios. Nada de inquietudes, nada de desalientos. Provenga la tentación del demonio o nazca del fondo de nuestra naturaleza, has de pensar que Dios la permite, no para tu daño, sino para tu provecho.

Muchas personas llevan su vida de piedad y de apostolado, oyen Misa y comulgan y no le faltan luchas, pero aún pequeñas... y un día... sin dar ocasión, sienten en torno suyo inclinaciones y estípulos perversos al mal... Las pasiones empiezan a turbar sus almas ... Los pensamientos impuros obsesionen, molestan, ¿qué hacer en esos momentos? No hay que desalentarse, acudir al Señor, a ese Jesús, Salvador del mundo y él te auxiliará. Recordemos cuando él estaba en la barca dormido y estalló la tormenta, ¿qué hicieron los apóstoles? Recurrir a Jesús y decirle: "*Señor, sálvanos que perecemos*".

Jesús, que permite la tormenta, está también en la nave de tu alma, ¿qué debes hacer cuando la tentación arrecia? acudir siempre a Él y hacer de tu parte, lo que puedas, fortifica tu voluntad y ora a Él: "*No nos dejes caer en la tentación*". Si tu voluntad dice: "No quiero consentir, y

mientras tu voluntad no consienta, no habrá pecado en ti".

Un cristiano nunca debe desesperar

El verdadero cristiano no debe confiar en las propias fuerzas, ni en las cosas de la tierra, porque entonces su esperanza seria terrena, no celestial ni cristiana, para salir uno siempre vencedor en el combate ha de apoyarse en Dios, confiar en su infinita misericordia.

¡Cuánto blasonaba Pedro, en la última Cena, sobre su firmeza! Y así decía a Jesús: "*Si todos te abandona, yo jamás te abandonaré*" (Mtf. 26,33) y terminó negándole por tres veces, como Jesús se lo anunció.

Y ¡cuánto se jactaba Goliat en sus fuerzas y ¿qué sucedió? Que David confiando en Dios, se enfrentó con él y le dijo: "*Tu vienes contra mi con espada, lanza y venablo, mas yo voy contra ti en el nombre de Yahvé de*

los ejércitos, el Dios del ejército de Israel, a quien tú has ultrajado. Hoy te entregará Yahvé en mi mano" (1 Sam. 17, 45-46) y lanzándole una piedra, se le clavó en la frente y cayó desplomado en el suelo.

También Napoleón confió en la fuerza de su ejército, y por eso se burló de la excomunión del Papa, diciendo que no haría caer las armas de manos de sus soldados; ya poco, marchando contra Rusia con medio millón de soldados, vio caérseles las armas de las manos, heladas por el frío de Rusia, y volvió derrotado (1812).

"*Mejor, dice el salmista, es confiar en el Señor, que esperar en los hombres*" (Sal. 118,8). La Sagrada Escritura nos amonesta: No pongáis vuestra esperanza en los príncipes (Sal. 46,2). Edificar la propia felicidad en el favor de los hombres, es construir la propia casa sobre arena. Recordemos las últimas palabras del sermón de la montaña (Mt. 7,24-27)

Los que no ponen su esperanza en Dios serán confundidos, como los sacerdotes de Baal (l Rey. 18). Quien se fía de sí, y no de Dios, no tendrá otra protección que de sí mismo. Dios no le proteger, porque no espera en su protección (S. Agustín). Sólo el que espera en Dios, puede decir: *¡En Ti, Señor, he esperado! ¡No seré confundido eternamente!*. Nunca hemos de perder la confianza de que Dios nos perdonará nuestros pecados y nos socorrerá en nuestras calamidades. El cristiano nunca debe desesperar, porque la misericordia de Dios como tenemos dicho, es infinitamente grande, y su auxilio, más próximo cuando es mayor la necesidad.

Dios se hace a veces el dormido, como Cristo en la tempestad de Genesaret, pero al fin socorre.

La desesperación es un crimen

El que desespera de la misericordia de

Dios, comete un enorme crimen, y se condena a si mismo a la muerte eterna. Judas pecó en cierto modo más gravemente dejándose llevar de la desesperación, que haciendo traición a Jesucristo; su desesperación fue la que le llevó a ahorcarse y le precipitó en el infierno.

La desesperación conduce hasta el suicidio y la muerte eterna. Así aconteció a Judas. La desesperación final es un pecado contra el Espíritu Santo, el cual no se perdona nunca. "La esperanza abre las puertas del cielo, la desesperación las cierra" (San Isidoro)

"El que desespera de la misericordia de Dios, le ultraja, como el que duda de si Dios existe" (S. Agustín) "El que comete un delito mata su alma, mas el que desespera la precipita en el infierno" (San Isidoro).

¡Que tormento será en la vida futura para tal hombre, que se quitó la vida por

desesperación, conocer los modos admirables que Dios tenía dispuestos para auxiliarle, si le hubiere permanecido fiel!. Si Job, o Tobías, o José, se hubieran quitado la vida en el extremo de su miseria, ¡qué tormento tendrían por toda la eternidad, al conocer las maravillas que Dios había pensado obrar socorrerlos, y los gozos que les tenia preparados!. El suicida, pues, no tendrá razón ninguna para inculpar a Dios de su perdición.

La desesperación hace que la misericordia de Dios se retire. Jamás podrá aliarse el perdón con la desesperación... Desesperan algunos porque han cometido grandes y numerosos pecados. Y no reflexionan que el más grande de los crímenes es su desesperación, no debe salirse de un crimen con otro crimen mayor todavía.

No te desesperes jamás

"*¿Por qué estás triste alma mía, exclama el salmista, por qué me turbas? Espera en Dios...*" (42,6). Pedro fue muy culpable: tres veces negó públicamente a Jesucristo; pero esperó y fue salvado... Judas vendió a su Dios; se desesperó, y fue condenado... La esperanza, se ha dicho, puebla el cielo; la desesperación puebla el infierno...

Puestos al lado de una gota de la sangre de Jesucristo todos los crímenes cometidos desde el principio del mundo hasta el fin de los tiempos, abultan menos que una gota de agua comparada con el Océano; y aunque uno solo de nosotros estuviera cargado con todas las iniquidades de los pecadores, no debería desesperar, porque la misericordia de Dios, como hemos dicho y repetiremos, es infinita.

- Si se os llena de insultos, si se os abruma de pesares y se os desprecia, ¿habréis

de desesperaros? No; mirad la gloria celestial reservada a vuestra paciencia.

- Si perdéis todos vuestros bienes, ¿habréis de desesperaros? No: considerad atentamente las riquezas de la eternidad, los tesoros que han de ser el premio y la recompensa de vuestra pobreza, de vuestra esperanza.

- Si estáis enfermos, no os desesperéis; con vuestra confianza en Dios tendréis una juventud y una salud eternas. Si la muerte os arrebata un hijo querido, no os abandonéis a la desesperación: le volveréis a hallar en el cielo revestido de gloria.

- Si os arrojan de vuestra patria, no os desesperéis: vuestra verdadera Patria es el cielo; suspirad por ella...

Conviene advertir que la bondad de Dios produce siempre dos efectos diferentes en los pecadores. Ella desalienta y desanima a los unos, porque han abusado demasiado de ella, y a otros enardece y da

ánimos a seguir en el mal, porque esperan que no les herirá jamás. Los primeros son los desesperados, y los segundos los presuntuosos.

A los "desesperados" les recordaremos la promesa jurada del Señor: "*Por mi vida, dice el Señor,... convertíos caminos de iniquidad... La impiedad del impío no le dañará... y si se convirtiera sinceramente de sus pecados, no le serán imputados*" (Ez. 33). Además el cielo está poblado de penitentes: David, la Magdalena, el buen ladrón, San Agustín, Margarita de Cortona, etc. Hablemos ahora de los presuntuosos.

No presumamos temerariamente de la misericordia de Dios

Sabemos que Dios es infinitamente misericordioso, mas no hemos de se-guir pecando en la vana confianza de que la misericordia de Dios no nos podrá dejar

condenar. La confianza y el temor de Dios han de manifestarse en equilibrio entre si. Dios quiere que obremos nuestra salvación con temor y temblor (Conc. Trento 6).

Hombres iluminados por Dios como un Salomón, han caído antes de su muerte en una vida impía, mientras grandes pecadores, como un Agustín o una Magdalena, llegaron, por el contrario, a una esclarecida santidad. Por eso nos dice San Pablo: "*El que piensa, pues, que está en pie, mire no caiga*" (1 Cor.10,12).

A los presuntuosos, a los que el recuerdo de la bondad divina parece confirmarlos en el mal, hay que decirles que teman precisamente porque Dios es bueno. La bondad de Dios *llora: "Jerusalén, cuántas veces quise congregar a sus hijos. . . y tú no quisiste"*. Jesús lloraba sobre los habitantes de Jerusalen, porque preveía su ruina al no convertirse... y así sucedió. La bondad de

Dios es *paciente*: Espera por ver si se hace penitencia. Ejemplo la higuera sin fruto. Esperemos a ver si da frutos de buenas obras y sino será arrancada...

Y al fin esta bondad *hiere*: "*Os llamé y no quisisteis...; en vuestra ruina me reiré*". Acojámonos ahora a la misericordia divina para poderla celebrar un día eternamente.

¡Jesús mío, misericordia!

Doctrina de San Agustín sobre la desesperación y presunción

1) La desesperación

"Escuchadme primero cómo engaña la desesperación. Hay hombres que, al repasar sus maldades, creen impasible su absolución y, juzgándose imperdonables, se dan a la desesperación diciendo dentro de si: Si no nos queda esperanza alguna, ni se nos pueden perdonar nuestros muchos

delitos, ¿por qué no satisfacer nuestros deseos? Saturémonos de placeres nuestra vida de hoy, ya que no esperamos premio alguno en la futura. Satisfagamos nuestros apetitos, aun cuando ya no sea lícito, y disfrutemos de la dicha temporal los que no merecemos alcanzar la eterna.

Y pensando así, mueren en su desesperación tanto los infieles antes de creer, como los cristianos que con su mala vida han caído en determinados pecados graves.

El Señor de la viña se acerca a ellos como a desesperados que le vuelven las espaldas y les llama y grita por medio del profeta Ezequiel: *Si el malvado se retrae de su maldad.... todos los pecados que cometió no le serán recordados* (Ez. 18,21-22). Entonces al oír y creer esta palabra, salen de su desesperación; levántanse de aquel profundo y hondo torbellino en que vivían sumergidos y salen fuera.

2) La presunción

"Pero en ese momento se presenta otro peligro, el de caer en la cima opuesta y morir esperando mal los que no vinieron a morir desesperados. Porque pueden trocar un pensamiento malo por otro, aunque distinto, no menos pernicioso, y decir en su corazón: "Si, en cualquier día que abandone mis pésimos caminos, este Dios misericordioso se ha de olvidar de mis pecados, conforme lo prometió claramente por la voz del profeta, ¿por qué convertirme hoy y no mañana? Continúe el día de hoy como ayer, discurra en medio de placeres inicuos, gire rápido en la vorágine del pecado, revuélquese en el mortífero deleite; mañana me convertiré, y punto final".

Se te responderá: "¿Punto final de qué? Alégrate con razón de que Dios haya pro-

metido indulgencia a tu maldad si te conviertes, pero entérate bien de que nadie te ha prometido nunca el día de mañana".

También a éstos, excesivamente confiados, se les acerca el Padre de familia. Como fue tras los descarriados por la desesperación y los volvió a la esperanza, va también al encuentro de éstos, a quienes una funesta esperanza lleva a la muerte, y otro libro les dice... *No difieras convertirte al Señor y no lo dejes de un día para otro, porque de repente se desfoga su ira y en el día de la venganza perecerás* (Eclo,5,8-9).

"*No tardes*, no te empeñes en cerrar la puerta que tienes abierta ante ti. La mano del Padre que perdona la ha abierto de par en par ¿Qué es lo que esperas? Debieras alegrarte si te se abriese cuando llamas; te la abre sin llamar, ¿y te quedes fuera? No te retrases. En cierto lugar de la Escritura se dice a propósito de las obras de misericordia: *No le digas al prójimo: Vete y vuelve,*

mañana te lo daré si es que lo tienes a mano (Prov.3,28), porque no sabes lo que puede ocurrirte el día siguiente. De modo que oyes el mandato de que no te demores en la misericordia para con el prójimo, y, cruel contigo mismo, ¿vas a ser perezoso en lo tuyo? ¿Con que no debes dilatar el dar un pan y dilatas recibir el perdón? Si no eres perezoso para compadecerte del prójimo, compedécete de tu alma agradando a Dios. Dale a tu alma esta limosna.

Ni aun siquiera te digo que se la des tú, sino que no rechaces la mano que te la ofrece" (Serm. 87).

Para combatir la desesperación

Los medios principales para combatir le desesperación son la confianza en Dios, le oración y frecuencia de sacramentos y tener una sincera devoción a la Santísima Virgen.

Alejad de vosotros la desesperación, y no aflijáis al Espíritu Santo que en vuestro corazón habita: si os desesperáis, se retira, porque el Espíritu de Dios no sufre la desesperación.

La desesperación causa en el alma una profunda herida, le agita, la turba, sumergiéndola en las tinieblas. Es un gusano roedor, es un verdugo que hace constantemente sufrir horribles dolores y mata... "Nada es más execrable que la desesperación, dice el santo Venerable Veda; el que cae en ella, pierde el fruto de todos sus trabajos; y, lo que es mucho más terrible, pierde el valor de defenderse y de combatir en defensa de la fe (Sentent.).

Para salir de la desesperación es necesario, ante todo, confiar mucho en Dios, en su amor, en su poder. Él es un Dios Padre, un Dios que perdona y quiere que nos convirtamos y nos apoyemos en Él. Tengamos confianza en el porvenir, en la

Providencia de Dios. Él, que cuida de las aves del campo, cuidará de nosotros. ¿No sois vosotros más que ellas? No os angustiéis por vuestra vida...Vuestro Padre sabe lo que necesitáis... Nada de inquietudes, nada de desalientos... "*Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*".

Cuando seamos tentados de perder la esperanza en la bondad de Dios, recordemos que Cristo es el Salvador que nos dice: "*No he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores*" (Lc. 5,32).

A la confianza en Dios, añadamos la frecuencia de sacramentos y la oración, pues este fue el remedio que empleó Jesús cuando le asaltó el desaliento momentos antes de comenzar la Pasión. Tres horas de oración en el Huerto y se levantó confortado.

De San Francisco de Sales se dice que sufrió una tentación horrorosa. El demo-

nio le decía que era uno de los réprobos. Un mes duró la tentación y el santo estaba a punto de desesperarse. Tan postrado se hallaba que los médicos temieron por su salud. Un día entró en la iglesia de San Esteban: se arrodilló ante la imagen de la Virgen y la tentación se disipó como nube de verano.

Vivamos como buenos cristianos

Todos hemos de vivir conscientes de llevar una vida religiosa siendo cumplidores de los mandamientos de Dios y dando ejemplo a cuantos nos rodean. Si vivimos una vida de fe confiando en Dios, desaparecerá de nosotros toda desesperación. San Pablo decía: "*Yo no me avergüenzo del Evangelio*" y nosotros jamás nos avergoncemos de profesar la religión católica y puestos en manos de Dios, todo nos saldrá bien.

Hay quienes tienen el nombre de cristianos, pero no viven como verdaderos cristianos. Tienen apariencia de cristianos..., pero su alma y vida están muy lejos del cristianismo.

Un sabio indio (Sadhu Sundar Singb) puso en uno de sus libros un símil que debiéramos meditar larga y seriamente todos los cristianos. Escribió: "Un día estaba yo sentado cerca del Himalaya, a la orilla de un río. Saqué del agua una piedra hermosa, dura, redonda, y la rompí. Su interior estaba completamente seco. Esta piedra hacia tiempo que estaba en el agua, pero el agua no había penetrado en ella. Lo mismo ocurre con los hombres de Europa. Hace siglos que fluye en torno suyo el Cristianismo. Viven por completo dentro del Cristianismo y éste no ha penetrado y no vive dentro de ellos. La falta no está en el cristianismo, sino en los corazones cristianos".

Estas son palabras conmovedoras de un sabio lejano e infiel, ¡que expresan la verdad!

Realmente, el que tiene la vida llena de pecados y maldad, que no es cumplidor de la ley de Dios, en vano ostenta el nombre de Cristiano. Este tal no santifica el nombre de Dios, antes bien le ofende y le denigra. En cambio, el que cumple la ley de Dios y lucha por su causa consuela y causa alegría al Señor y a cuantos conviven con Él.

El verdadero cristiano sabe sobreponerse a las dificultades de la vida y no se desalienta jamás. Cuando se vive el cristianismo, debe uno llevar con resignación cristiana todos los contratiempos que surgen en nuestro caminar por la vida presente.

Ejemplos

1

Una pobre monja estaba desolada. Creíase condenada y no veía en sus obras sino pecados. *San Felipe Neri* quiso hablar con ella para librarla de tan funestos pensamientos. Le dijo que tenia el cielo seguro. ¡Ah, no!, respondió la pobre escrupulosa, el infierno es mi destino. Pues yo le digo que el cielo. ¿Quiere un argumento? Dígame para quien murió Jesucristo. Para salvar a los pecadores y ¿qué es usted? Una gran pecadora. Así, pues, murió Jesucristo por usted. Lavada con la sangre preciosísima entrará en el cielo. La gracia obró el prodigio, la monja quedó libre del miedo y desaliento.

2

Mateo Talbot, que se había dado a la bebida, a los dos años después de su conversión, fue violentamente tentado de desesperación. Le parecía oír interiormente, una voz que le decía que era totalmente inútil continuar luchando y que la perseverancia le seria imposible. Se hallaba materialmente impedido de acercarse a la mesa eucarística y, después de haberlo intentado tres veces, no tuvo mas remedio que salir de la iglesia.

Fue entonces cuando, por última vez, sin pretender siquiera entrar en el lugar sagrado, se echó de rodillas sobre las losas de la acera de la entrada y con los brazos en cruz, exclamó: "Te lo prometo, Dios mío; no he de volver a las costumbres que dejé para siempre".

Rogó entonces a la Santísima Virgen que intercediere por él y, después de unos

breves minutos, se sintió completamente tranquilo. Asistió a Misa y con perfecta paz de espíritu recibió la Sagrada Comunión. Desde aquel día su vida fue una ascensión continua hacia la santidad.

3

Un hombre se alababa entre sus compañeros de taberna de que había logrado quitar la religión a su mujer tras tres años de disputas y esfuerzos. Sus compinches aplaudieron su celo contra Dios. Cuando el impío se dirigía por la noche a su casa vio mucha gente delante de la puerta y, habiendo preguntado qué ocurría, nadie osó contestarle.

Entró y vio a su mujer tendida en el suelo con sus tres hijos, todos muertos. A su lado había un papel que decía: "Mientras tuve religión llevaba con alegría las penas de la vida, con la esperanza de la

recompensa en Dios, y jamás viví desesperada; pero desde que el verdugo de mi marido me ha quitado la fe soy enteramente infeliz. Mis hijos no lo serán. Por eso los he envenenado".

4

Un terrible ejemplo de desesperación es Judas después de la traición. "Al ver entonces Judas, el que lo había entregado, que Jesús había sido condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los pontífices y ancianos diciendo: "He pecado entregando sangre inocente".

Ellos dijeron: "¿A nosotros qué? ¡Allá tu!" Arrojó en el templo las monedas, se retiró y, alejándose, se ahorcó (Mt. 27,3-5).

Si Judas hubiera acudido a Jesús, como Pedro, hubiera sido perdonado; pero se desesperó, y ésta fue su perdición.

5

La historia de una actriz: Eva Lavallière, una de las más célebres tonadilleras de París, iba de triunfo en triunfo y, como sucede muchas veces en esos ambientes, llevaba una vida de pecado. Una noche Eva se superó a si misma; fue un triunfo apoteósico, aplausos, flores... Los espectadores quisieron esperarla y pasearla en triunfo por todo París... Pero Eva salió sin ser vista por una puerta de servicio.

Uno de los espectadores, al retirarse a su casa, tuvo que atravesar un puente sobre el Sena y vio a una mujer que estaba a punto de tirarse al río. Corrió y llegó a tiempo de evitar el suicidio. La mujer rompió a llorar, mientras el individuo la reconocía: ¡era Eva Lavallière!.

- ¿Cómo? ¿Justamente esta noche, después de un triunfo tan grande, cuando

todos os aclamaban como la mujer más bella de Francia, queréis suicidaros?

- Triunfo, gloria, belleza -responde Eva con voz profunda-, ¿qué es esto? Humo, humo solamente. Pero ¿quién me quita el tormento que hay en mi corazón? Su desesperación nacía de su pecado.

¡Este grito sale del corazón de tantos muchachos! ¡No hay que creer que están alegres todos aquellos que ríen, no! Si los viésemos por la noche, pobres hermanos, cuando, al irse a dormir, bulle en sus mentes la idea de la muerte y sienten asco de sí mismos! ¡Combatir el pecado! Este es el gran secreto de la alegría, y esto quiere decir estar en gracia de Dios.

6

Una niña de cinco años fue con su padre a casa de unos parientes próximos. Hizo algunas travesuras y, para amedren-

tarla, le dijeron: "Vendrá el hombre malo y te llevará consigo" "No, no vendrá el hombre malo, *ahí está María*". Y mostró una imagen de la Virgen que estaba en un rincón de la casa. Confiaba en la Virgen. La fe en la Santísima Virgen, la confianza en Dios nos pueden librar de toda desesperación.

7

San Alonso Rodríguez dijo a San Pedro Claver: Escucha Pedro, e imprímelo bien en tu corazón; muchos malos ratos causarás algún día al demonio, pero ten por seguro que muchísimos ha de darte él también a ti.

No te desalientes por eso, porque teniendo una buena causa, por grande que sea la batalla, la victoria será tuya.

Vivamos con la conciencia tranquila, o sea, limpios de pecado y, por muchas con-

trariedades que tengamos, jamás nos desalentaremos.

Laudetur Iesuscristus=Alabado sea Jesucristo

INDICE

PRESENTACION 3
NO TE DESESPERES 7
¿Qué entendemos por desaliento o desesperación? 7
Causas de la desesperación 9
No te desalientes por tus caídas 12
No te acobardes ante las tentaciones .15
Un cristiano nunca debe desesperar . .17
La desesperación es un crimen 19
No te desesperes jamás 22
No presumas temerariamente de la misericordia de Dios 24
Doctrina de San Agustín la desesperación y presunción 26
Para combatir la desesperación 30
Vivamos como buenos cristianos 33
Ejemplos varios 36

ULTIMAS NOVEDADES

La Impureza y sus Males
¿Qué es el Hombre ante Dios?
Queremos arreglar el Mundo
El Problema de Dios
Vacios de Vida Interior
¿Qué es la Vida Interior?
Final de los Últimos Tiempos
Vanidad de Vanidades
Retrato del Mundo actual
A la Humanidad le falta Dios
La Iglesia Perseguida
El Credo Explicado
Decidete a ser Santo
Consejos a los jóvenes
Verdades Eternas
Sed Hombres de Fe
¿Me salvaré o me condenaré?
Dios nos habla a todos
La Verdad de la Eucaristía
Los Milagros en la Biblia
Las profecías de la Biblia